

LOS PRECIOS DEL CONGELADO

DEMAGOGIA PARA PORTERAS

Como estamos curados de espanto, no nos extrañan las salidas de tono que suelen tener eco en cierta prensa, cuando desde el ombligo de la meseta toca un tema de mar. Mucho menos puede extrañarnos cuando el desahogo procede de un periódico tan acostumbrado a bailar en la cuerda floja, como "Pueblo". No es la primera vez que en estas páginas, —donde el clima de autenticidad está a mucha distancia del que respira el diario madrileño—, nos vemos obligados a salirle al paso.

En el número correspondiente al 28 de noviembre publicó un comentario, con este lema: "Que abaraten el pescado congelado (porque se puede)". Esta alegre afirmación no es más que uno de tantos brotes de cierta demagogia para porteras, que tanto gusta cultivar a los que escriben bajo un título que debiera inspirar mayor respeto.

¿Qué sabe el autor de semejante comentario de lo que cuesta producir ese kilogramo de merluza a que se refiere, capturado a más de 5.500 millas de los puertos españoles, por unos trabajadores valerosos, pero espléndidamente pagados, y por unos buques en los que hubo necesidad de invertir miles de millones en pocos años? ¿Está enterado del índice de rentabilidad que alcanzan algunos armadores, cuyos buques pasan momentos apuradísimos en Sud Africa, por no poder hacer frente al coste de las provisiones, suministros o reparaciones que se ven obligados a hacer en Cape Town o el Walbis Bay? ¿Le suena siquiera todo esto con alguna familiaridad al oído del comentarista que navega en torno al oso y al madroño?

UN CAÑAMAZO DE INEXACTITUD

Por si esto no fuera poco, el comentario es un cañamazo de contradicción e inexactitud. Comienza por ilustrarlo con un cartelito en que aparece un pez subiendo en globo, con un tarjetón en que muestra tachado el número 100 y debajo el 120. Ambas cifras indican precio, que en los mercados españoles no alcanzan ni la "merluza fresca del Cantábrico", ni el lenguado, ni el rodaballo, ni menos la rosada real (king clipp) de Sud Africa, que no es inferior a ninguna de las especies mencionadas. Y conste que, la que llama merluza del Cantábrico, es generalmente de mucho más arriba, de caladeros próximos a Irlanda, de donde llega normalmente también a los puertos atlánticos, especialmente Coruña y Vigo.

Más abajo dice que hace dos años la merluza congelada se vendía en el mercado de Madrid a 30 ptas. kilogramo, y que ahora se vende al doble. Poco después se arrepiente y dice que "su precio más corriente, en calidad de cierta garantía, son las 50 ptas." ¿Y le parece caro?

Naturalmente, porque ignora que por cada tonelada de merluza adulta, que pueda venderse al público a tan asequible cotización, se extraen diez o quince toneladas de tamaños pequeños, que es necesario vender a 16, 18, 20 ó 23 ptas. el kilogramo. Obtenga el promedio, y verá a que precio le sale al armador el kilogramo de lo que captura y congela, para que la totalidad de los españoles puedan tener en la mar la fuente más barata de proteína animal de que dispone nuestra economía.

¿O es que precisamente por ser barata, auténticamente barata y generosa, estamos haciendo todo lo posible para destruirla? ¿A qué precios habrían llegado la carne, los huevos, los pollos de granja y los otros, así como el resto del pescado traído en hielo desde caladeros semi-exhaustos, si no hubiera sido por la providencial solución que proporcionó la flota de arrastreros congeladores.

PAGAR Y... DESPOTRICAR

Todo esto tiene un aspecto más molesto. Y es la desconsideración con que se trata a las empresas pesqueras en general, y en este caso a las productoras del pesca-

do congelado. Parece que se trata de una partida de redomados especuladores, dispuesta a estrujar "a las economías domésticas bajas y medias".

En primer lugar, entre las empresas dedicadas a la captura y los consumidores, hay otros eslabones comerciales. Cumplen su función y tienen derecho a un margen razonable de beneficio, pero cuando alguno de ellos se excede... también la culpa es de los armadores. Esta es la mentalidad que ayudan a fomentar los comentaristas tan improvisados como el de "Pueblo", que no se enteran siquiera cuando una buena merluza austral congelada en origen llega a su mesa bajo el rótulo de "merluza fresca del Cantábrico" y la pagan como pimpines a 75 ó 100 ptas., la ración de 25 gramos.

Para esto, que en Madrid es el pan de cada día, no hay comentario. La gente se deja explotar mansamente, con tal que de vez en cuando la dejen... despotricar. Y el armador, que aguante.

AL FINAL, LOS JAPONESES

Por si el escoliasta de "Pueblo" no hubiera enseñado la oreja bastante, al final escribe:

"Y el caso es que los japoneses están dispuestos a vender a España todo el pescado congelado que se quiera, a precios sencillamente, japoneses". Al cronista le vendría bien leer la información que sobre las actividades del Sol Naciente en las pesquerías de merluza austral se ha publicado en el número anterior de nuestra Revista. Esta mina se ha cerrado, porque los japoneses se han despedido definitivamente del Atlántico Sur para concentrarse en Nueva Zelanda. La mina, naturalmente, era solo para los importadores, a los que por lo visto importa poco que los miles de millones invertidos en la flota congeladora española se conviertan en chatarra por falta de rentabilidad.

Lo que, a pesar de todo, puede ocurrir si nos obstinamos en no reducir los costos, racionalizar la oferta, y abrir mayores perspectivas a la demanda, sin bajar unos precios que ya son extremadamente bajos.